

DISCURSO HONORIS CAUSA

Tabaré Vázquez¹

¹ Discurso emitido por el Presidente de la República Oriental del Uruguay, Dr. Tabaré Vázquez, el 20 de julio de 2017, con motivo del diploma que lo designa como Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Cuyo, en reconocimiento por su labor en la defensa de los principios democráticos y los Derechos Humanos.

Señor Rector de la Universidad Nacional de Cuyo Ing. Agrónomo Daniel Ricardo Pizzi, Señor Gobernador de la provincia de Mendoza, autoridades integrantes de esta prestigiosa comunidad académica, y en un amigas y amigos, permítanme abrazar a todos ustedes. Ante todo, muchas gracias, por honrarme con este título con el cual me siento más depositario que destinatario, pues sin desconocer lo que el mismo implica, en términos de reconocimiento académico personal, lo recibo, Sr. Rector, en nombre de mi país, de mi pueblo, y de todas aquellas personas sin cuyo magisterio, apoyo y confianza yo no estaría aquí. Muchas de esas personas son fundamentales anónimos, pero también, entre ellas, hay algunos fundamentales con nombre: mi familia, mis docentes, condiscípulos y colegas, mis colaboradores, mis amigos y muchos pacientes que aún en la enfermedad han sido mis maestros de la vida. No podría haber hecho nada de lo que hice en la vida si no hubiera sido por ellos. Y nada de lo que se ha dicho aquí, que se ha hecho en el ejercicio de gobierno, se hubiera hecho sin mis queridos compañeros, de los cuales aquí tengo dos presentes: el señor canciller Don Rodolfo Nin Novoa y el Sr. Ministro de Economía Danilo Astori. Para ellos es realmente el homenaje que estoy recibiendo como depositario. De todos y cada uno de ellos que mencioné, aprendí que tenía razón François Rabelais cuando afirmaba, hace apenas 500 años, “*la ciencia sin conciencia es la ruina del alma*”. Ciencia y conciencia que hace ya muchos años me llevaron a la política. Lo mismo que me llevó a la ciencia, me llevó a la política, política que hoy me trajo a esta hermana República Argentina y a Mendoza, lugares donde los uruguayos nos sentimos como en nuestra propia casa.

A todos ustedes, muchas gracias por recibirme en esta tan prestigiosa Casa de Estudios.

Amigas y amigos, según se me informó en este mismo encuentro, se presentarán o se presentaron los lineamientos generales de los desafíos actuales de la Universidad desde la globalización y “Laudato Si”, propuesta del Consejo Interuniversitario de Argentina, que apunta a revalorizar el rol de los educadores

como factor necesario para el cambio cultural que reclama la conciencia sobre los problemas que vive nuestro planeta. Admito que el tema es apasionante, y me cuesta mucho resistir la tentación de abordarlo, pero también debo reconocer que no tengo todos los antecedentes necesarios para hacerlo con la profundidad que el mismo amerita.

Pero sí quisiera, si ustedes me permiten, humildemente, compartir con ustedes, y abusando de vuestra generosidad, algunas reflexiones.

Se habló aquí de desarrollo, el desarrollo para ser tal tiene que ser un desarrollo humano. El desarrollo es un proceso largo, evolutivo, complejo y, como ustedes saben muy bien, multidimensional. Pero los avances en el mismo han de ser tangibles para todos, pues el desarrollo también es un derecho humano universal y, permítanme expresarlo así, es un derecho “terrenal”: las personas necesitan, tienen derecho a vivir dignamente. Vivir dignamente significa que nacer no sea un problema, que crecer no sea una travesía con destino incierto, y que envejecer no sea una condena. Vivir dignamente significa alimentación adecuada, vivienda decorosa, medio ambiente sano, salud, educación, empleo, protección social, seguridad, servicios públicos de calidad y una democracia, también de calidad. “Una democracia tan habitual que respiramos casi sin darnos cuenta”, como decía en nuestro país Juan Carlos Soletti, una democracia con ciudadanía y participación ciudadana, con sistemas políticos transparentes y eficientes, con gobiernos y Estados cercanos a la gente. Porque el desarrollo no es resolverle la vida a las personas, sino acompañar a las personas a lo largo de toda la vida, acompañar a todas las personas durante toda la vida, y muy especialmente, a los más vulnerables, que nunca son pocos, y a veces son la mayoría. Porque el desarrollo tampoco es una carrera en la cual unos pocos se escapan del pelotón mayoritario, y otros, no tan pocos, quedan rezagados respecto al mismo. El desarrollo es avanzar juntos, sin que nadie quede atrás, avanzar hacia la posibilidad cierta y razonable de un futuro compartido, en el que lo sustancial no sea tener más, sino que lo sustancial sea ser mejores, ya que a pesar de todo lo que se dice y hace para demostrar lo contrario, lo cierto, y como ustedes saben, es que la gente vale por lo que es, no por lo que tiene.

Un futuro mejor y compartido, cuyos planos exactos y definitivos no los tenemos, pero que es posible anticipar y modelar desde el presente, como lo hicieron en su momento, como lo anticiparon y modelaron cada uno a su

manera Platón, Confucio, Albiruni, Leonardo Da Vinci, Voltaire, Julio Verne, Marie Curie, Albert Einstein y muchos, muchísimos fundamentales anónimos, porque la historia, incluida la historia de la ciencia, no es obra de los famosos solamente, la historia, como en esta Universidad, la escriben todos: sus docentes, su dirección, sus estudiantes, sus trabajadores, todos. Y la historia no se hace solamente en los campos de batalla, ni en los edificios de gobierno, también, y acá fundamentalmente, se hace en las calles, en las plazas, en los mercados, en las cocinas, en las alcobas.

Amigos y amigas, es entonces que en el contexto del desarrollo, e intentando construir el futuro, la ciencia juega -creo yo modestamente- un rol fundamental, si *la ciencia sin conciencia es la ruina del alma*, tal vez hoy, más que siempre, es necesaria una *ciencia con conciencia*. Una ciencia consciente de su responsabilidad en la búsqueda, sistematización y transmisión del conocimiento, una ciencia consciente de su capacidad para mejorar las condiciones de vida de la gente, porque la ciencia también es para la gente y es de la gente. Una ciencia consciente de su potencialidad como factor de crecimiento económico, una ciencia consciente de su importancia como formadora de valores y de cultura, pero también, una ciencia consciente de que sin libertad y democracia, como aire habitual, no hay auténtico desarrollo científico y que los científicos son -somos- ante todo, ciudadanos, y en tanto tales, iguales a los demás en derechos y en responsabilidades.

La ciencia tiene una dosis variable de pasión, y es lógico que así sea. Pensemos en la pasión que le puso Marie Curie para trabajar con elementos radioactivos que le costó la vida: murió de una leucemia producida por su exposición a las radiaciones. Pero también, además de la pasión, tiene una dosis fundamental de racionalidad, de objetividad, de sistematicidad, de mirada estratégica, de acción cotidiana, pero sobretodo, de compromiso ciudadano, porque la ciencia encerrada en el laboratorio se condena al peor destino para sí misma, más aún, cuando los mayores flagelos biológicos que hoy castigan a la humanidad no se combaten solamente en el campo de las ciencias médicas. Y permítanme referir a uno de ellos, y no puedo omitir mi profesión médica, así es que les pido disculpas por centrar esta intervención en algunos aspectos vinculados a la medicina. Porque también en el ejercicio de la política de gobierno, los médicos de enfermos nos transformamos si actuamos honestamente

como médicos de la sociedad, no porque seamos superiores, sino porque quizás, por nuestra formación, nos sentimos muy próximos al prójimo para estar al lado de ellos en todo momento.

Según datos de la Organización Mundial de la Salud, en el año 2015, las enfermedades no transmisibles, principalmente las enfermedades cardiovasculares, las respiratorias crónicas, diabetes y el cáncer -responsables de más del 60% de la mortalidad del mundo-, provocaron 40 millones de muertes. Esto es dramático, muchas de estas enfermedades podrían ser prevenidas y evitadas con acciones muy concretas y simples: informar, educar y darle herramientas a la gente para que pueda luchar contra ellas. Y estas enfermedades se deben en gran medida a cuatro factores de riesgo directamente vinculados a comportamientos supuestamente típicos de la modernidad: el tabaquismo, el alcoholismo, la dieta mal sana y el sedentarismo. Los principales efectos de estos factores de riesgo recaen cada vez más en los países de ingresos medios y bajos, y en las personas más pobres en todos los países, incidiendo fuertemente en las determinantes socio-económicas subyacentes. En esas poblaciones, las más humildes, a veces las más desprotegidas, es fácil que se produzca un círculo vicioso. La pobreza expone a la gente a factores de riesgo comportamentales de las enfermedades no transmisibles, y éstas, a su vez (el cáncer, enfermedades cardiovasculares, las respiratorias crónicas, la diabetes, etc.) tienden a agravar la condición de pobreza de las personas y familias afectadas.

También los sistemas sanitarios sufren el impacto de los altos costos de los tratamientos que requieren estas enfermedades crónicas no transmisibles. Para tener una idea de ello, se estima en 33 mil millones de dólares el costo directo del tabaquismo sobre los sistemas de salud nacionales de la región latinoamericana. ¡Cuántas cosas se podrían hacer en el terreno de las políticas públicas con ese dinero! Más viviendas decentes para la población que no la tiene, más salud para toda la gente, y sobre todo, más educación. Ésta cifra que acabo de dar equivale al 0.5% del Producto Bruto Interno de nuestra región y al 7% de lo que la misma gasta anualmente en salud. Mientras que la carga impositiva del tabaco no alcanza al 50% del costo directo que provoca el tabaquismo.

Otra referencia: se estima que en el año 2009, el costo económico global del cáncer en México, Caribe, Centro y Sudamérica, ascendió a 286 mil millones de dólares por concepto de costo directo (consultas, estudios, diagnósticos, tratamien-

tos, medicamentos, internación, cuidados paliativos, etc.) e indirectos (gastos de traslado y alojamiento, pérdida de jornadas laborales, pérdida de productividad, etc). Podríamos aportar otros datos estadísticos tan dramáticos tales como los que acabo de mencionar, pero los que mencioné alcanzan para concluir que, a menos que se combatan enérgicamente la epidemia de enfermedades no transmisibles en los países y grupos sociales más expuestos, más pobres o afectados, el impacto de estas enfermedades seguirá acentuándose, y el plausible objetivo mundial -oportuna y acertadamente acordado por Asamblea General de Naciones Unidas de reducir la pobreza como condición *sine qua non* para el desarrollo sostenible de nuestros pueblos- más que acercarse se alejará cada día más.

Señoras y señores, un dato más: según las estadísticas disponibles, diariamente en todo el mundo mueren 104.109 personas como consecuencia de estas enfermedades vinculadas en un alto porcentaje a los factores de riesgo que he mencionado. Por año, el tabaco mata más personas que las que mató la primera y la segunda guerra mundial juntas en el siglo XX: 7 millones de personas mueren a causa de consumir tabaco. ¡Cuántas de ellas en nuestra región, en nuestros países, en nuestras provincias y ciudades en las que residimos! ¿Cómo no diseñar y ejecutar estrategias para controlar el consumo de alcohol y tabaco y para promover hábitos de vida saludables, como la dieta sana y el ejercicio físico? Como gobernante que, ni ha olvidado su profesión médica ni se ha desvinculado de la misma, permítame decirles que no solamente es posible diseñar y llevar adelante estas estrategias, sino que, además, las mismas obtienen resultados muy positivos. Estrategias que no son exclusivamente sanitarias, sino que tienen también un fuerte componente social y educativo, pues, por ejemplo, el control del tabaquismo ha de empezar en la casa y en la escuela. Los niños son los principales agentes que pueden luchar magníficamente contra esta epidemia. Basta que un niño le diga a su padre o a su madre “no fumes al lado mío que me hace mal” para tener un impacto muy superior a las palabras que podamos emitir gobernantes o científicos. Y es mejor, desde todo punto de vista, no empezar a fumar, que dejar de fumar. Y esta disyuntiva, como tantas otras que matizan nuestras vidas, se plantea a muy temprana edad, estrategias que no son sencillas ni fáciles pero que son imprescindibles, y que, sobre bases de solvencia técnica, institucionalidad política, y consenso social, pueden alcanzar excelentes resultados. Los uruguayos tenemos algunas experiencias positivas al respecto. En

materia de prevención y de control de enfermedades no trasmisibles venimos avanzando, pero aún tenemos un largo recorrido por delante hasta alcanzar los objetivos planteados y posibles.

Y continuando en el marco de la lucha contra este flagelo mundial, les anuncio y les invito muy cordialmente y fraternalmente a todos ustedes, que entre el 18 y 20 de Octubre próximo, tendrá lugar en Montevideo, la Conferencia de la Organización Mundial de la Salud sobre Enfermedades No Trasmisibles. Esta conferencia, pretendemos sea una instancia muy importante para renovar y fortalecer la alianza política de los Estados a nivel mundial, para encarar un mayor esfuerzo en la prevención y control de estas enfermedades, así como también, establecer un conjunto de nuevas acciones en la perspectiva de la reunión de alto nivel de Naciones Unidas sobre enfermedades no trasmisibles que se realizará el año próximo.

Aunque lo plantearé mañana ante mis colegas del Mercosur, nada me impide plantearlo ahora ante ustedes, mis colegas en esta comunidad universitaria, mis queridos colegas científicos de esta comunidad universitaria a la que tengo el honor de pertenecer a partir de la tarde de hoy. En sus comunidades científicas y académicas, en tantos factores de integración regional, creo que tampoco pueden faltar a esta cita. Al fin y al cabo, la sustancial razón de ser de la integración, y las diversas dimensiones de la misma, es el desarrollo que mencioné al principio de mi intervención, el desarrollo de nuestros países, el bienestar de nuestros pueblos. Es por ello que, de corazón y con los brazos abiertos, los invito y los espero -los esperamos los uruguayos- a un país que también es la casa de ustedes.

Y una vez más, profundamente emocionado, profundamente agradecido, eternamente agradecido por la distinción que me han otorgado, ¡muchas gracias de corazón!